



Tres reglas para leer bien en verano

Descripción

Los peligros del verano no se reducen a las medusas, las riadas o los encierros de San Fermín. También los libros pueden causar daños irreparables. A menudo uno se ha sentido un perfecto imbécil a la vuelta de vacaciones por haber elegido mal a sus compañeros de viaje.

Ocurre y sucede —como dicen los nuevos cultos— que, por las prisas o por malos consejeros, no terminamos de acertar. Recuerdo un verano en una playa de Valencia intentando hincarle el diente a la novela de Buzzatti *El desierto de los tártaros*. Cada vez que la abría, el sofoco del sol se multiplicaba por dos en las páginas de Buzzatti, desérticas y buenísimas, pero inadecuadas al momento. Otra vez, convaleciente de una hepatitis en pleno agosto, no se me ocurrió otra cosa que elegir *El pabellón del cáncer* de Solzhenitsyn: la hepatitis ya vencida se fue transformando en un preocupante conjunto de síntomas de un tumor recóndito y ruso para más señas, que me hizo dejar espantado la novela a las cien páginas. **Hay libros que tienen mala suerte por el momento en que elegimos leerlos, y entre las épocas del año el verano es la más exigente, la más susceptible.** De ahí la emoción.

La primera regla para decidir las lecturas de verano es precisamente ésta: **«No te fíes de las apariencias» (que vas a tener tiempo, que es el momento de leer cosas largas, que cualquier cosa de evasión sirve, que un clásico se adapta bien al calor)**. Ten en cuenta las circunstancias físicas: la sed, la desgana, el Tour, los mosquitos. Conócete a ti mismo y pregúntate qué funcionó otras veces y qué no. No pruebes por probar: ve a lo seguro.

La segunda regla deriva, en realidad, de la primera: **«Escoge páginas que te transporten a escenarios contrarios a los que te encuentras»**. Si estás haciendo un crucero, por ejemplo, no leas nada del Titanic, sino más bien de algo que no se mueva: bosques, montañas rocosas, viejecitos que andan despacio. Si estás en el campo, lee novela urbana. Y al revés: si te ha tocado quedarte en la ciudad, busca algo campestre, con vaguadas y lugareños y matorrales.

Pero no solo el escenario es importante, también el carácter y el estado de ánimo. Si eres de natural serio y poco travieso, atrévete por ejemplo con las aventuras de Guillermo o con la huida de casa del protagonista de *El guardián entre el centeno*. Si eres perezoso, perezosa, espabílate con el frenesí infatigable de *Zalacaín el aventurero*. No leas *El Jurado* de Grisham si acabas de dejar de fumar, no se te ocurra coger algo de Gala si te sientes asquerosamente sentimental. **Distánciate de ti mismo: profundiza si eres frívolo, diviértete si tiendes a lo sesudo** aunque te parezca una pérdida de tiempo. **La literatura debe enseñarnos a ser lo contrario a lo que somos:** así nos enriquecemos. Si

buscáramos siempre en la lectura una confirmación a nuestro modo de ver la vida, ésta se iría haciendo cada vez más estrecha, más insana.

Y así llegamos a la tercera y última regla, que escandalizará a más de uno y una. Atención: **«El verano es el momento ideal para leer lo que desprecias»**. Dicho así parece una solemne tontería, pero la experiencia avala el consejo. Recuerdo un verano delicioso en el que me tragué cincuenta números atrasados de *Selecciones*, la odiada revista más difundida del mundo. A escondidas, porque me daba vergüenza, disfruté como quizá nunca lo haya hecho después, con esos extractos de historias tontas, tan bonitas e improbables. O aquel julio en el que cayó en mis manos un manual de esperanto, esa lengua que tenía por el paradigma de la artificiosidad; sin querer, fui aprendiendo palabras y más palabras, hasta que al final de aquel mes en el campo hablaba con las vacas en perfecto esperanto, y al parecer me entendían.

«Del enemigo, el consejo», dice el refranero con bastante mala leche. Y es verdad que en esto de las lecturas no siempre puedes fiarte de los amigos, que tienden a ser complacientes con tus defectos y se inclinan a no crearte problemas. Fíate más bien del que te quiere mal y te recomienda ese libro que te va a hacer un poco de daño porque te da en lo que más te duele. Así me recomendaron una vez —para fastidiarme— algo con lo que nunca me hubiera atrevido: *El idiota* de Dostoievsky. Creyeron que me insultaban y en realidad me estaban haciendo un favor: aprendí definitivamente que cuanto menos se lea en verano, mejor. Pero, claro, esta regla está mal decirla, y por eso no va entre comillas, para que no se crea el lector que soy eso, un idiota.

Fecha de creación

30/07/1997

Autor

Pedro de Miguel

Nuevarevista.net